

CULTO Y RITO

«La religión individual significa simplemente el hecho de que la religión sea individual y personalmente ejercida. Entonces no tiene nada que ver con el hecho de que esté o no compartida con otras personas. Se trata de una participación en una misma fe, y no de formar parte de una misma comunidad.

A ninguna religión le es esencial en manera alguna tener una comunidad, pero a la religión y a la fe le es esencial el ser –o al menos el poder ser– compartida. De ahí que de una manera inicial y radical toda religión tenga una dimensión eclesial.

Claro está, cuando la comunidad existe en cuanto tal, entonces ejercita unas acciones, que son las que formalmente deben llamarse culto. Son acciones más o menos simbólicas, realizadas por la comunidad frente a los dioses. Muchas religiones, aunque ni remotamente todas, tienen un personal especializado para realizar esas funciones, que es justamente el sacerdocio, en su doble función de ejecutor de las acciones del culto y de ser un mediador de acceso a la divinidad.

Estas acciones de la comunidad –o incluso las acciones del individuo– son acciones eclesiales en el sentido radical de la palabra, acciones que están inspiradas en la participación de todos los individuos o de un grupo de individuos en una misma fe, y tiene tres dimensiones esenciales:

a) Estas acciones refieren a los dioses. Cualquier religión, incluso la religión griega, ha tenido la idea de que en una o en otra forma, Dios o los dioses ha hecho el mundo. Y entonces dirigirse a Dios como hacedor no es simplemente dirigirse –como diría Aristóteles– a una causa primera que está ahí delante de los ojos. Se trata de algo que estaba al comienzo del mundo, algo que aconteció *in illo tempore*. Es la dimensión de *anámnesis* (ἀνάμνησις, 'recuerdo'), propia de toda acción cultural.

Recuérdese, por ejemplo, que en las fiestas de Año Nuevo, en el *bīt akītu*, los babilonios releían el *Enūma Eliš*, el Poema de la Creación. Realmente, la primera dimensión de la acción cultural es la rememoración. No se trata únicamente de recordar lo que aconteció *in illo tempore*, sino que aquello que aconteció *in illo tempore* está en una o en otra forma reactualizado en la acción cultural que realizamos ahora. El comienzo del tiempo en el Año Nuevo es en cierto modo la reactualización de lo que fue *in illo tempore* el origen del mundo y de los tiempos. En cuanto reactualizantes, las acciones culturales tienen una dimensión anamnésica.

b) En segundo lugar, las acciones culturales no simplemente recuerdan y reactualizan lo que pasó: el hombre entra además en comunicación efectiva con un dios o con unos dioses que están ahí. Por ejemplo, muchos de los ritos que se hacen con motivo de la primavera, de la colecta y de la siembra tienen el carácter de entrar en comunicación con la diosa madre, con la fecundidad misma de la tierra. No se trata simplemente de recordar que *in illo tempore* comenzó en alguna forma la fecundidad de la tierra, sino que se entra en comunicación con los dioses que de una o de otra forma pueden otorgar esta fecundidad o, por el contrario, obturarla.

c) En tercer lugar, el culto no solamente conmemora y comunica con los dioses, sino que precisamente en aquella reactualización y en esta comunicación –dos dimensiones que no se puede separar– va congéneremente una tercera dimensión. Esta comunicación con los dioses, reactualizando lo que fueron como hacedores del mundo, es además de una o de otra forma la entrega confiada que el hombre les hace a ellos.

Y esta entrega incluye en cierto modo la promesa o la garantía de que su tierra, su mundo y su vida no se van a acabar allí, sino que van a continuar. En este sentido la referencia a los dioses no es simplemente la reactualización de lo que aconteció en el comienzo del tiempo, no es simplemente la comunicación con los dioses que están enfrente, sino que es también una prenda que suplica y garantiza el curso del futuro.

El culto resume así los tres momentos del tiempo: el pasado como reactualización, el presente como comunicación y el futuro como garantía de lo que va a venir. Y estas tres dimensiones a una son lo que constituye la unidad religiosa del tiempo. En ella se expresa una de las dimensiones más radicales y profundas de la eclesiología.»

[Xavier Zubiri: *El problema filosófico de la historia de las religiones*. Madrid: Alianza Editorial, 1993, p. 104-106]



«Además de la religión como institución está la vida religiosa que cada individuo lleva precisamente dentro de ese cuerpo o de esa institución. La religión es esencialmente el espíritu con que se vive ese cuerpo religioso. La religión consiste en vivir todos los actos de la vida dentro de la dimensión de la entrega a la divinidad, en una fe.

No obstante, hay en esta vida unos cuantos actos que no son solamente actitud y que pueden ser esenciales a la religión: por ejemplo, ritos de iniciación en el cuerpo de la fe, fórmulas de profesión de fe.

Es conocida la fórmula de los musulmanes: “no hay más Dios que Alá y Mahoma es su profeta”. Los israelitas tienen en la sinagoga una fórmula de profesión de fe: שְׁמַע יִשְׂרָאֵל, יְהוָה אֱלֹהֵינוּ, יְהוָה אֶחָד (“escucha Israel, Yahweh nuestro Dios es único”, Dt 6, 4).

Y están también la plegaria y la oración. Pero las plegarias y las oraciones solamente tienen sentido dentro de una cierta concepción de la divinidad. No se trata primariamente de elevación de sentimientos.

La religión, personalmente vivida por cada uno de los miembros en un cuerpo social, tiene una teología y está esencialmente incluida en una mundología en su triple dimensión de cosmogonía, de eclesiología y de escatología. En este cuerpo social, esta religión así vivida presenta un curioso carácter: es la plasmación inexorable y necesaria de la religación.»

[Xavier Zubiri: *El problema filosófico de la historia de las religiones*. Madrid: Alianza Editorial, 1993, p. 111 s.]

[Impressum](#) | [Datenschutzerklärung und Cookies](#)

Copyright © [Hispanoteca](#) - Alle Rechte vorbehalten